

Capítulo 23 - La Tierra de Caminos Rotos

Socks sostenía en alto un trozo de tela cuadrada que había encontrado en algún lugar, mientras Dirt lo seguía fuera de la Principia hacia el patio principal. Encontraron la fuente de agua más cercana, y Dirt la calentó con una brasa, luego se lavó hasta que Socks estuvo satisfecho. El cachorro afirmó su limpieza con una lamida exhaustiva, que quedó cubierta por una capa de saliva seca. También enjuagó eso. Después, siguió a la familia de Biandina hasta su hogar, aproximadamente a medio camino entre el montón de tiendas y la muralla.

Vivían como todos los demás en su tribu: en una tienda inestable sostenida por largos huesos pulidos unidos en varas más largas. La madera parecía realmente escasa, lo cual Dirt debería haber previsto tras ver tanto paisaje llano. No es que no hubiera madera en absoluto; simplemente, las cosas que esperaban ser de madera a menudo no lo eran.

La tienda era lo suficientemente alta para que los adultos entraran sin agacharse, y la cortina que hacía las veces de puerta estaba atada al techo interior. La cubierta, que conformaba la tienda, era una mezcla de cuero y tela, pero en rayas y con un patrón deliberado en lugar de patchwork al azar, dándole al menos cierta apariencia de civilización. Patrones de verde, rojo y blanco adornaban todo, por lo que no era simplemente sencilla.

Socks decidió descansar cerca y charlar con la multitud de curiosos en lugar de quedarse observando por los agujeros de luz en el techo de la tienda, así que, sin más que resolver, Dirt fue el último en entrar.

El interior era más oscuro, por lo que lo primero que hizo fue chasquear los dedos para encender una luz, que suspendió en el centro, cerca del techo. Todos los humanos la miraron asombrados, pero lo que realmente los impresionó fue invocar un par de brasas para calentar más rápido la tienda.

El interior le pareció más espacioso y cómodo de lo que esperaba. Una alfombra de pieles cubría toda la piedra del suelo, varias capas de profundidad y suave al tacto. Cestas tejidas colgaban atadas al armazón con hilos toscos y contenían todo lo que una familia así podía mantener a mano. Comida, ropa extra y herramientas, seguramente, por lo que Dirt podía distinguir desde ese ángulo. La mitad de las cestas estaban fuera de su alcance, y como al menos cuatro de los niños eran más jóvenes que él, eso tenía sentido. Tal vez colocaban el aceite allí arriba, o los cuchillos.

Los niños estaban mucho mejor comportados que las multitudes ruidosas de Ogena. Se sentaban calmos en lugar de correr, pelear y causar caos como él esperaba. No había espacio junto a Biandina, ya que sus hermanos se sentaban protectivamente cerca de ella, y la más pequeña trepó

en su regazo. Dirt se sentó cerca del niño que parecía tener casi su misma edad. Todos estaban en un círculo, y parecía que la habitación había sido organizada así. Cada uno tenía su propio espacio con su propia cama, aunque parecía que la mayoría compartía todo. Como debía ser, especialmente en invierno.

Ocho niños, un bebé y dos adultos tenían distintas expresiones, ya fuera mirando a Dirt, fijándose en su luz mágica o observando las brasas mágicas que flotaban perezosamente, calentando la tienda. Incluso con tanta ventilación, la temperatura iba en aumento y se hacía cada vez más soportable.

Dirt se acomodó y miró a su alrededor, preguntándose qué pasaría después. Nadie dijo nada, así que fue él quien habló primero. “Supongo que ya saben, pero me llamo Dirt. La Madre de los Lobos dice que tengo ocho años. Socks me llamó Dirt porque, cuando me encontró, estaba cubierto de tierra de pies a cabeza. ‘Dirt’ significa ‘tierra’ en mi idioma. Algunas personas se ríen, pero a mí me gusta. Nací en un bosque de árboles que llega hasta el cielo, y están vivos. Pueden convertirse en personas llamadas dríadas. Esto es parte de uno de ellos, llamado Hogar”, dijo, levantando el brazo con la férula puesta. “Fue el primer árbol con el que hice amistad, pero Socks fue mi primer amigo en general. Él fue la primera cosa con la que hablé”.

Se detuvo, indeciso sobre qué más decir, y nadie intervino para poner las cosas en marcha. Lo miraron a él y entre sí en silencio. Los niños, curiosos y nerviosos; la madre, fría y enojada. El padre frunció el ceño, pero Dirt tuvo la impresión de que estaba más confundido que enojado.

Dirt dijo: “Ahora mismo, Socks y yo estamos viajando por el mundo explorando y ayudando a los humanos siempre que podemos, porque cada vez son menos. Creo que tengo algunas historias que podría contar, ya que Socks no contó todo antes. Pero primero quiero escuchar todos sus nombres. ¿Y pueden contarme algo sobre ustedes? Cualquier cosa. En toda mi vida he pasado, quizás, diez o quince días cerca de humanos.”

Biandina asintió, pareciendo ya más tranquila. Aún tenía tensión en los labios y en la postura, pero la expresión de ceño fruncido desapareció y sus ojos habían perdido su desesperanza. “Yo seré la primera. Vamos de mayor a menor. Tuvimos un hermano mayor, Prosperu, pero lo llevó una rucca. Soy Biandina, tengo quince años, y...”

Se mordió el labio y miró hacia abajo. No sabía qué decir sobre ella misma, pobrecita, ahora que era una marginada.

Su padre dijo: “Cuando ella era pequeña, encontró una serpiente y la recogió sin miedo, luego la llevaba mostrando a todos. Era mortalmente venenosa, y nadie se atrevía a acercarse lo suficiente para quitársela. Causó un gran pánico. No queríamos asustarla por si la soltaba o la mordía. Finalmente, la sacó afuera y la dejó en el suelo; la serpiente se deslizó y se fue.” En sus ojos había un destello de ternura que se apagó en cuanto terminó de hablar.

“Yo soy Antelmu, y tengo trece años,” dijo el mayor de los chicos, el protector que había tenido la lanza antes. Era un muchacho musculoso, con la misma complexión que su padre, pero sin la barba. “Estoy entrenando para ser jinete y luchar por la tribu. Ya di de mamar a mi potro. No vamos a castrarlo porque es aún más hermoso que su padre. Se llama Boulder.”

Dirt asintió, sonriendo levemente. “Me gustaría conocerlo,” dijo con sinceridad. Había visto caballos, pero nunca interactuado con ellos. Socks los asustaba demasiado, y Dirt había estado demasiado ocupado para buscarlos.

“Yo soy Lavisia y tengo doce años,” dijo la siguiente niña. Su cabello era más oscuro que el de los demás, más cercano al negro que al marrón del resto de los niños, y lo llevaba peinado hacia atrás con firmeza. “Soy la mejor bailarina de la familia.”

La madre casi—casi—sonrió al oír eso. Tuvo que contenerla. Dirt la vio estremecerse y pudo notarlo.

“Yo soy Gnaziu,” dijo el niño sentado junto a Dirt, el que más se parecía a su edad. Llevaba ropa ordenada y el cabello peinado. “Estoy en mi décimo año. Hice mi propia flecha. ¿Quieres verla?”

“Sí. Nunca he disparado con una,” respondió Dirt. “¿Hay algún truco?”

“Simplemente enséñasela,” dijo la madre, con la voz plana. “No la dispaes aquí. Ni siquiera lo finjas.”

“Lo sé,” dijo el niño, con fingida molestia. Se levantó y tomó un arco de una cuerda, que Dirt no había notado antes. Ahora que miraba, había varios más iguales, y carcajs de flechas también. Este era tan largo como el torso del niño y estaba decorado con plumas en la parte superior e inferior. “Encontré la madera yo mismo, y los huesos en el extremo para hacer la muesca fueron tallados en un ragnulí.”

-¿Qué es un ragnulí? -preguntó Dirt.

-Eso son esos grandes bestias con cuerpo de perro y espalda arqueada -respondió Gnaziu.

-Oh, Socks olfateó algunos, pero no los vi -dijo Dirt-. Me gusta esa cinta. Se ve genial. ¿Y sabes qué? Tu nombre suena como Ignasi, uno de los primeros humanos que conocí. Él es un Camayan. Y en mi idioma, ese nombre es Ignacio. Eso lo hace un nombre muy, muy antiguo.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó el padre.

Dirt dudó, sin estar seguro de cuánto debía revelar. Quizá no tanto, después de todo. Dijo, -Mi idioma es el más antiguo, y de él derivan todos los demás. Probablemente soy la única persona que aún lo habla.

-¿Cómo puedes saber eso si no conoces a otros humanos? -preguntó Antelmu, el niño de 12 años.

Dirt sonrió con picardía y dijo, -Guardemos las otras historias para cuando terminemos. ¿Quién sigue?

-Yo -dijo una niña más tímida que las demás, casi de su misma estatura. Tal vez un poco más joven, pero era difícil determinarlo. La miraba con atención, pero con evidente desconfianza. -Soy Lisea, tengo ocho años. Tengo un gato.

-¿Tienes un gato? -preguntó Dirt, casi levantándose-. ¿Puedo verlo?

-Ella no está aquí ahora, pero volverá más tarde -dijo Lisea.

-Nunca he visto un gato, aunque Socks ha olfateado algunos. Los árboles me bromearon una vez diciendo que aprenderé sobre los gatos cuando esté lista. Le dije eso a Socks y ahora él tampoco quiere mostrarme qué son. Es un animal pequeño, ¿verdad?

La niña tímida sonrió tímidamente sin decir nada. Después de ver la sonrisa exagerada de Dirt, se echó a reír.

-Toca a ti -dijo Biandina, haciendo una señal a Eudossia, cuyo nombre había aprendido antes.

-La pequeña monstra susurró en voz alta: "¿Qué digo?"

-Tu nombre y cuántos años tienes -respondieron tres niños diferentes.

-Yo soy Eudossia y tengo seis años -dijo. Cerró los labios con firmeza y actuó con timidez, indicando que había terminado.

-A ella le gusta cantar, especialmente de noche, cuando trato de dormir -comentó Lavisia, la niña de 11 años.

Todos hicieron caso omiso de eso.

-Éste es Miliu. Tiene seis años. Saluda, Miliu -dijo el padre.

-Hola -dijo el pequeño. -¿Por qué estás desnudo?

Toda la familia reaccionó, algunos nerviosos, otros sonriendo. Una niña le hizo silenciarse al pequeño como si hubiera hecho algo inapropiado. Dirt comentó, -Los ancianos dijeron que debía quemar mi ropa y ya no llevo ninguna conmigo. Pero ya estoy acostumbrado. La he llevado así la mayor parte de mi vida.

-¿Quieres que te preste algo? Nadie anda desnudo dentro de los muros -dijo Gnaziu.

Dirt asintió. -Si tienes algo, claro. Lo devolveré antes de irme, a menos que se me ocurra algo mejor para intercambiar. Por cómo viven, Dirt pensó que no tenían mucho que ofrecer. Probablemente Lisea, la siguiente en edad, estaría usando alguna prenda que Gnaziu no pudiera usar más.

Gnaziu se levantó y rebuscó debajo de las pieles, sacando un paquete de tela enrollada. Era un pantalón grueso de lana, similar a los que llevaba ahora, aunque estos eran anchos y doblados en las bardas para que creciera con él. Los que Dirt se puso estaban algo ajustados, aunque él era más pequeño. De inmediato se sintió más cálido, y cuando Gnaziu le entregó una camisa larga de lana para complementarlo, se preguntó si debería hacer que uno de sus carbones se apagase.

—¿Qué tipo de objetos te gustaría cambiar por esto?—preguntó Dirt, ajustándose la camisa. Era un poco apretada también, pero por ahora servía. Si hubiese hecho más calor, quizás la habría rechazado.

Gnaziu respondió:—Bueno, madera, carne, buenos huesos, flechas, algo de plata o quizás otras ropas.

El padre dijo:—Esos objetos son demasiado pequeños para ti. Si piensas en algo para intercambiar, te buscaremos objetos de mayor tamaño.

—Ya veré qué tiene Socks en su arnés más tarde—dijo Dirt. Se sentó nuevamente, con cuidado para no romper los pantalones ajustados.

El niño más pequeño se bajó del regazo de Biandina y comenzó a quitarse su largo vestido de lana.—No, no —dijo ella, tratando de impedirlo. El niño rio y forcejeó para escapar.

—Eso es Oraziu—dijo el padre, señalando al niño que se retorció y hacía ruidos.—Tiene casi cuatro años, pero apenas.

—Es muy adorable—comentó Dirt.

Oraziu gritó con desesperación y exclamó:—¡No! ¡Yo lo hago!—mientras se retorció y trataba de quitarse la interferencia de Biandina. Finalmente, ella lo soltó, y él casi logró quitarse el vestido, levantándolo hacia su cabeza, hasta que una de las niñas lo atrapó. Varias niñas rieron, y Dirt se unió a ellas.

—¿Cómo se llama el bebé? ¿Es niño o niña?

—Es una niña, y todavía no le hemos puesto nombre—contestó el padre.

—Solo espero que no la llamen Prisca—dijo Dirt, deseando que Socks estuviera cerca para compartir la broma. Por los gritos y risas que escuchaba afuera, el cachorro se estaba divirtiendo.

—Conozco a una Priscila, pero ninguna Priscas—comentó el padre.—¿Qué es una Prisca?

—Era un esqueleto mágico que intentó matarme—dijo Dirt. Todos en la familia echaron un vistazo a Dirt, sorprendidos, preguntándose si habían oído bien. Solo Oraziu se liberó nuevamente y corrió al otro lado de la tienda, donde empezó a quitarse el vestido con una expresión de pura diversión en su carita llena de mejillas.

—Dirt, hay un bebé llorando cerca y es su boca la que le duele—dijo Socks, solo para él.

Observó nuevamente las mentes cercanas, identificando a los niños con facilidad. Las mentes adultas tenían más pensamientos, pero los niños tenían más luz en ellas, y la mejor conjetura de Dirt era que eran sus espíritus esperando que sus cerebros crecieran. Los bebés eran los más claros, solo impresiones, una vista, un olor o un tacto a la vez, aunque sus emociones eran tan vivas como las de cualquier otra persona.

Uno de los bebés dormía, seguramente la niña en la tienda. Otro descansaba y tomaba leche, así que ese no era al que se refería Socks. Dirt buscó hasta encontrarlo: un niño pequeño que gritaba y pensaba solo en un dolor insoportable, que provenía de su lengua.

Dirt se levantó y dijo:—Vuelvo enseguida. Socks encontró a un bebé llorando y quiere que vaya a atenderlo.

—Iré con ustedes—dijo Gnaziu.

—Yo también—añadió Biandina.

—Y yo—dijo Antelmu, el hermano mayor. En cuanto eso se anunció, los otros cinco quisieron acompañar, salvo Orazui, que ahora berreaba porque no podía subir su vestido por encima de su cabeza. Estaba atrapado por el cuello y se desplomó, llorando por ello.

Dirt lideró la marcha hacia donde estaba Socks, solo para encontrar a unos cincuenta niños de todas las edades rodeándolo. Algunos le acariciaban, otros intentaban trepar, y unos cuantos más reían y chillaban a pleno pulmón mientras Socks los mantenía a unos metros del suelo. Dirt envió una ráfaga de diversión y afecto hacia el cachorro, luego preguntó:—No lo escucho. ¿Por dónde?

Las medias le dieron la dirección y él se abrió paso primero entre la multitud, luego entre las carpas y chozas hasta que lo escuchó por sí mismo. Las lágrimas del pobre bebé eran ásperas y agotadas, y Dirt se apresuró tan rápido como pudo sin dejar atrás a Biandina, ya que aún le dolían las entrañas y no podía moverse muy rápido.

Se deslizó en la tienda sin preguntar primero y encontró a una madre solitaria con lágrimas corriendo por su rostro, sosteniendo a su hijo y balanceándolo, completamente desconcertada sobre qué hacer.

“Hola,” dijo Dirt. “¿Puedo verlo?” Entraron los demás niños.

“¿Quién eres?” preguntó ella. “¿Qué quieres?”

“Soy Dirt. Y quiero mirar su boca,” dijo Dirt. Se acercó con la mayor cortesía posible y miró dentro. Era una boca de bebé normal, con cuatro pequeños dientes hermosos.

“¿De quién eres hijo? ¿Alguien te envió? Podría usar un poco de agua, si quieres ayudar,” dijo la madre. Era joven, ahora que Dirt le echaba una buena mirada. Probablemente era su primer hijo.

Dirt dijo, “Supongo que te perdiste toda la emoción. Vine con el lobo.”

Luego, en lugar de esperar a que ella dijera algo más, Dirt levantó con un dedo la lengua del pequeño y la examinó. De inmediato vio el problema. Un espino. El pequeño tenía un pequeño espino debajo de la lengua. Dirt lo sacó y casi de inmediato el bebé dejó de llorar, limitándose a un quejido agotado mientras se calmaba.

Dirt lo sostuvo en alto y se lo mostró a la madre, cuyos ojos se agrandaron horrorizados. “No puedo creerlo. ¡Ha estado llorando todo el día!”

Revisó todas las mentes adultas hasta encontrar la suya, lo que solo tomó un momento. Ella pensaba una y otra vez: “Soy una madre terrible, ¿por qué no revisé?” Cosas así. Se sintió aliviada, pero a la vez, de alguna forma, aún peor.

“Tú no eres una madre terrible,” dijo Dirt, dándole una palmada en la cabeza. “Apuesto a que ni siquiera te comerías a tu hijo si estuviera débil. ¿Quieres que me quede con el espino?”

“¿Qué? No, por favor, quítalo de mi tienda. ¿Quién eres otra vez?”

“Soy Dirt. Quizá pase a visitarte más tarde. Probablemente ambos necesiten una siesta,” afirmó. Le entregó a Lisea el espino, ya que ella era la más cercana, y salió nuevamente.

Los hermanos de Biandina le miraron con algo cercano a la admiración, y él simplemente sonrió y les hizo señas para que lo siguieran otra vez. Se apresuró de vuelta con Socks, bastante satisfecho con todo, y cuando llegó allí, el cachorro tenía una nueva tarea para él. Un joven había dejado caer una punta de flecha en una grieta entre las piedras del pavimento y no podía sacarla. Socks había oído el rasguño de sus intentos por sacarla.

Dirt lo encontró y miró en la grieta, luego simplemente tiró la punta de flecha con su mente y la atrapó en el aire, entregándosela al joven asombrado. “¿Hay más o solo esa?” preguntó Dirt.

“Solo esa. ¿Quién...?” El joven se incorporó, confundido.

Dirt se volvió hacia Biandina y dijo, “Apuesto a que nadie va a reconocerme sin mi ropa vieja. Ahora parezco uno de ustedes, solo que mi cabello es más oscuro que el promedio.”

“Tú realmente no pareces uno de nosotros,” dijo ella. Pero Dirt simplemente sonrió y volvió en dirección a Socks, con una parvada de niños siguiéndolo atrás.

Las medias lo enviaron a todo tipo de encargos después de eso, los cuales Dirt disfrutaba enormemente. Ayudó a un hombre muy sorprendido a levantar un barril pesado y volver a colocarlo en una estantería. Una niña de la edad de Oraziu estaba peleando con sus padres, quienes querían que tomara una siesta porque estaba enferma y había dormido mal, y todos estaban agotados. Dirt le susurró a su mente para que durmiera muy, muy suavemente.

Encontró una tienda con una pareja de ancianos, mayores que los ancianos mismos, quienes temblaban y no lograban mantenerse calientes. Con su cuchillo, Dirt grabó un símbolo de calor en la piedra bajo sus pieles y lo llenó de maná, suficiente para durar uno o dos días. No era perfecto, pero no tenía que serlo. Después de todo, nadie más podía recargarlo.

Biandina y sus hermanos estaban bastante impresionados por todo, y la seguían con ansiosos ojos, absorbiendo milagro tras milagro. Dirt podía notar que estaban comenzando a confiar en él. Se acercaban un poco más, sonreían más, cosas así.

Luego, se separaron, enviando a las chicas de regreso mientras ellos iban a alimentar al caballo de Antelmu, Boulder. El mayor de los chicos estaba tan orgulloso de su mascota como Dirt había visto a nadie en mucho tiempo, tan orgulloso como el duque lo estaba de sus hijos. Y era un hermoso caballo, de un marrón brillante con una crin negra. Desde su mente, reconocía a Antelmu y se alegraba de verlo, en parte porque había muchas probabilidades de que recibiera una golosina.

Antelmu cepillaba y alimentaba a su caballo con tanta ternura como Dirt mostraba con Socks, y durante ese tiempo, los tres chicos charlaban con tanta naturalidad que Dirt se sentía casi como en casa. Le contaron que la nieve de ese año era inusual; normalmente llegaba semanas más tarde y casi nunca tan espesa. La tribu no permanecía en la fortaleza todo el tiempo: cuando el clima mejoraba, salían a cultivar la tierra circundante o cuidar rebaños de ovejas. Muchas de esas tiendas desaparecían en primavera.

Dirt aprendió que no le habían explicado por qué Biandina había desaparecido, solo que ella se iba y no regresaría. Antelmu sospechaba que sus padres tenían algo que ver con ello, ya que parecía que su madre no era muy cariñosa, pero no podía probar nada. “No voy a permitir que le pase nada esta vez”, insistió con firmeza. Miró hacia su tienda, preguntándose si ahora mismo sucedía algo que intentara detener.

“Sock no permitirá que le pase nada”, dijo Dirt.

“No puede velar por todo”, respondió Antelmu.

“Es solo un animal”, añadió Gnaziu, aunque no estaba muy seguro de ello.

Dirt sonrió con suficiencia. “Sock no es solo un animal. Es más inteligente que yo.”

Ambos chicos le miraron con expresión de duda, luego sus ojos se perdieron mientras pensaban en todo lo que ya habían visto y oído. El cachorro gigante podía comunicarse con su mente, por lo que quizás su forma animal era engañosa.

Dirt explicó: “No piensa más rápido que yo ni es realmente mejor resolviendo acertijos, ese tipo de cosas. Somos iguales en ese sentido. Pero tiene una mente enorme y puede atender a más cosas a la vez que yo. Ahora mismo, probablemente esté vigilándome, siguiendo el rastro de Biandina y jugando con todos esos niños al mismo tiempo. Puede pensar pensamientos más grandes, pero supongo que eso es difícil de explicar, ¿verdad? Aún es solo un cachorro, sin embargo. Deberías ver cómo son los adultos.”

“Ojalá Boulder pudiera hablar”, dijo Antelmu. “A veces es rebelde y nunca sé por qué. Animal estúpido. La criatura más tonta de todas, ¿verdad? Sí, lo eres.” Hablaba con un tono de cariño que el caballo respondía de manera positiva, haciendo un gesto de besar. Boulder frotó sus enormes labios contra la mejilla de Antelmu, lo que hizo sonreír a Dirt y Gnaziu.

Después de que los chicos terminaron sus tareas, Dirt los siguió de regreso a casa. Revisó las mentes cercanas y Socks aún estaba cerca, aunque había salido del fuerte por un tiempo. Con suerte, no estaba aburrido. Es una lástima que el fuerte no fuera un poco más grande y menos concurrido, así él podría acompañarlos.

Lo alimentaron junto con los demás niños, y luego llegó el momento de acostar a los pequeños y prepararse para la noche. Babbu y la madre no lo echaron exactamente, pero le dejaron muchas oportunidades para ofrecerse voluntario y él finalmente captó la señal.

Esa noche durmió afuera del fuerte, acurrucado junto a Socks. A Socks le gustaba más, por supuesto, ya que aún no confiaba completamente en este grupo de humanos, y tampoco era tan apretado estar afuera.

Mientras esperaban que llegara el sueño, Dirt comentó: “Sé que no podemos quedarnos mucho tiempo, pero siento que todavía no hemos hecho nada realmente útil. Solo pequeñas cosas, lo cual fue divertido, pero no va a salvar a su pueblo. Es una lástima que no tenga una buena forma de enseñarles magia. Me pregunto si deberíamos buscar a un niño, solo uno, y tú podrías abrirle la mente como hiciste conmigo, para que pueda ver pensamientos.”

-No sería difícil, pero eso solo sería útil en ciertas ocasiones.-

“Y todavía no sé cómo reaccionarían las personas. Nadie sabe que puedo hacer eso. No sé si les daría miedo o alegría,” dijo Dirt. “Quizá pueda preguntarle a los ancianos.”

-Puedes preguntarles, pero deberías tener cuidado. No confío en ellos,- dijo Socks.

“Supongo que yo tampoco, ahora que lo mencionas. Buenas noches, Socks. Gracias por ayudar con el elemental antes.”

-Ambos estamos creciendo en poder. Me alegra. Buenas noches, Dirt. Quizá mañana se te ocurra algo útil.-

Revision #1

Created 26 May 2026 06:57:06 by Diana Prince

Updated 26 May 2026 06:57:10 by Diana Prince